

CLUB DEL MISTERIO

E. B. RONALD



**LOS CRIMENES DEL
GATO Y EL VIOLIN**

12



Un gato persa que araña muchachas bonitas y un violín Stradivarius que ejecuta melodías en clave de crimen, dan su nombre a un aristocrático club nocturno del centro de Londres. Un detective privado contratado para investigar una cosa acaba buscando otra. Los cadáveres se van multiplicando a la par de los violines y el detective recorre en su pesquisa todos los ambientes de Londres, desde los lujosos hoteles del centro, hasta los vericuetos de los barrios bajos. Antes de terminar de resolver este misterio, el detective Bradley tendrá que cumplir muchas tareas riesgosas y besar muchas mujeres bonitas, ¡Pero los diamantes del collar de la Reina lo valen!

ORDEN DE APARICIÓN

de los personajes

R. BRADLEY, investigador confidencial que narra la historia

BENSON, detective del club nocturno

JUNE CLAYTON, secretaria del señor Barlowe

ARTHUR S. BARLOWE, propietario de "El Gato y el Violín"

LA SEÑORA DEL SEÑOR BARLOWE

WALTER DONALDSON, socio del señor Barlowe

LUCY, una rubia enigmática

EL SARGENTO REDFERN, a cargo de la investigación

EL AGENTE HOWARD, que lo ayuda

PHILIP JACKSON, un músico de la orquesta

EL DETECTIVE INSPECTOR MARSHALL, un hombre importante

FRANCIS WALTERS, "maître" de "El Gato y el Violín"

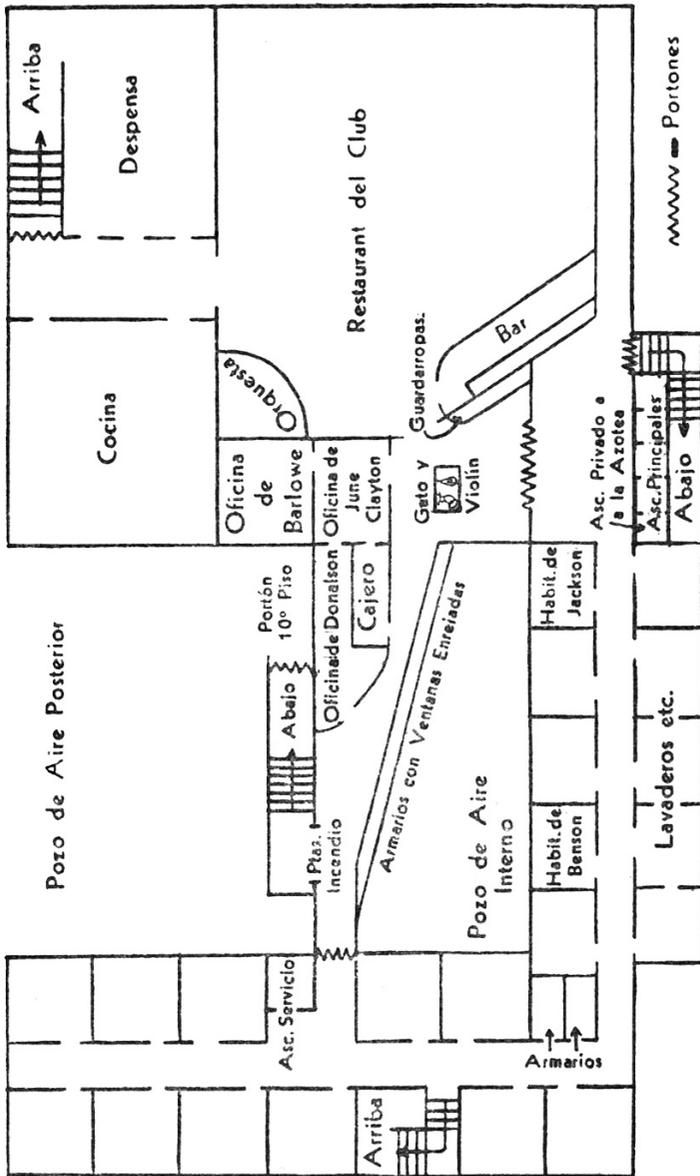
BILL JAMES, periodista del News

HENRY T. WHILTODDLE, un señor inexistente

EL PROFESOR SINCLAIR, especialista en violines
antiguos

EL SEÑOR STUDDARD, un anticuario

HARRY FRANKS, un representante del hampa lon-
dinense



DEPENDENCIAS DEL CLUB DEL GATO Y EL VIOLIN
EN EL 11° PISO DEL HOTEL METROPOLITAN

CAPÍTULO 1

UN ASUNTO SERIO

El Metropolitan es un hotel de lujo situado en la esquina de Blisset Street y New Oxford Street, cerca de la plaza Pelham. Antes de la guerra, era un establecimiento de segunda categoría que brindaba una cama y desayuno por ocho chelines con seis peniques, sin hacer mayores averiguaciones. Ahora, gracias a una exagerada indemnización por daños de guerra, fué reconstruido con mármol y granito, y si bien tampoco se hacen preguntas a los huéspedes, la tarifa aumentó a treinta chelines. Treinta y cinco con baño. Cuarenta, para asegurarse de que tampoco se contestan las averiguaciones de terceros.

Siete años después de terminada la guerra el Metropolitan fué el primer edificio no oficial de esa importancia que recibió un permiso para ser nuevamente edificado. Fué así como pocos meses más tarde, se convirtió para la sociedad en el lugar. Esto se debió en gran parte a ciertas facilidades que se obtenían ahí y que otros establecimientos no ofrecían.

Atravesé el lujoso vestíbulo y me aproximé a la hilera de ascensores. Los tres últimos tenían un cartel que decía: CLUB DEL GATO Y EL VIOLÍN - EXPRESO. Me dirigí hacia uno de ellos, apreté el botón y esperé. Después de dos minutos volví a oprimirlo y llamé a un camarero con un gesto de cabeza.

—¿Qué le ocurre a este ascensor? —inquirí.

—¿Quería ir al Club del Gato y el Violín, señor? —preguntó, y al ver que yo miraba el cartel agregó—: No se abre hasta las siete y media, señor. Hasta esa hora, los ascensores no prestan servicio.

—Tengo una cita para las cuatro y media con el señor Barlowe, en el club.

—Oh, disculpe, señor. Llamaré a un botones.

Antes que tuviese tiempo de responder, me encontré con un muchachito vestido con un deslumbrante uniforme rojo. Hizo girar una llave en una cerradura colocada junto al ascensor, se abrieron las puertas, y encendió las luces de la caja. Seguí al botones al interior, y las puertas se cerraron suavemente.

Cuando mis pies volvieron a tocar el suelo, el empleado ya estaba abriendo las puertas detrás de mí, en el lado contrario a aquél por donde había entrado. Salí al undécimo piso, y el ascensor volvió a bajar. Las escaleras que tenía a un costado estaban vigiladas por altos portones enrejados, de bronce, que se encontraban con una fina verja que ocupaba todo el espacio hasta el techo. Los portones estaban cerrados.

Miré a mi alrededor. Ese piso era más pequeño que los otros, ya que le faltaba la parte correspondiente al frente del hotel, pero igualmente era bastante grande. A un costado de la entrada del club se veía un mural ultramoderno, que representaba la canción de cuna que uno tenía derecho a esperar. Las paredes se acercaban, formando un pasaje que llevaba a otro portón de bronce que conducía al club propiamente dicho. Tenía entendido que se cobraba dos guineas el cubierto, pero aun así la intención principal de la administración parecía ser la de mantener alejada a la gente. Todos estaban enterados de la existencia del violín Guarneri que estaba en exhibición junto con el resto de la colección Barlowe, de modo que ése era un buen motivo para no dejar entrar a todo aquél que lo deseara.

Encontré un botón junto al portón, y lo apreté. No oí sonar el timbre, y volví a oprimirlo. Por fin escuché pasos que se acercaban por el corredor que se extendía al otro lado de los ascensores.

El hombre daba la impresión de haber estado bebiendo, de haberse despertado antes de tener tiempo de despejar los vapores del alcohol. Sus hombros tenían un metro veinte de ancho, y no encontraban espacio suficiente dentro del saco. Su nariz había tenido alguna vez una reyería con un puño, y había perdido. Sus ojos, pequeños y celestes, tenían un perverso brillo amarillento. Se detuvo – dentro de lo que eso le resultó posible– y me miró durante casi un minuto sin decir nada.

–El señor Barlowe me citó para las cuatro y media –informé por fin–. ¿Cuánto tiempo se necesita para entrar acá?

–¿Quién es usted? –preguntó, y yo le entregué mi tarjeta. Si sabía leer, entendería: *R. Bradley, Investigador Confidencial*, con la dirección de mi oficina, y los números telefónicos de ésta y de mi departamento.

–Detective privado, ¿eh? –comentó–. ¿Para qué lo quiere el patrón?

–Si me deja entrar, quizá pueda saberlo. ¿Cómo se abren estos portones?

–Yo doy el visto bueno. Soy Benson..., el detective del establecimiento.

–Mucho gusto –contesté–. ¿Por qué no enciende la fogata de aviso?

El gigante se dirigió hacia un espejo sobre el cual estaba grabado un gato tocando el violín, apretó un botón, y cuando se abrió la puerta levantó un teléfono de una horquilla que había detrás de ella. Debía tratarse de una línea directa, con un timbre automático, porque dijo sin más trámite:

–Llegó un tipo llamado Bradley. Afirma tener una cita con el señor Barlowe –esperó un momento, mientras le

contestaban algo, y luego agregó—: ¿Por qué no me previnieron de su llegada? ¡Qué bien!

Cerró la puerta que tapaba al teléfono y sacó del bolsillo del pantalón una gran llave de bronce. Tuvo que usarla en cuatro lugares para abrir el portón. Me invitó a que entrara, y luego volvió a cerrarlo detrás de nosotros. Nuevamente cuatro cerraduras. Yo aguardé, pensando que quizá si uno se movía sin permiso, las paredes lanzarían dardos envenenados.

Mientras esperaba a Benson, miré a mi alrededor. A la derecha del vestíbulo en el que nos encontrábamos, estaba el guardarropas; a la izquierda había una pared con cuadros que parecían originales, lujosamente enmarcados; en el extremo más alejado había más cuadros y una puerta en la que se leía la palabra *Privado*; a la izquierda se iniciaba un pasillo, y a la derecha había una arcada que daba entrada al restaurante. Las paredes estaban estucadas, y en su parte superior tenían luces ocultas que habían sido encendidas por Benson al entrar. En el centro del salón había una mesa de madera de arce, sobre la que se veía un violín colocado debajo de una campana de vidrio, y un almohadón vacío de terciopelo. Por lo tanto, la gente no bromeaba. El gato estaba fuera de funciones hasta que se abría el local.

Cuando Benson terminó de cerrar el portón, me hizo una seña para que lo siguiera. Golpeó rítmicamente la puerta en la que se leía *Privado*, y después de un minuto oí que socorría un cerrojo. La muchacha que abrió la puerta era rubia, de ojos azules, con gruesos labios rojos y constituía un encantador fragmento de femineidad, dentro de un marco de un metro sesenta y ocho de estatura. Tenía puesto un ajustado vestido marrón.

—Pase, señor Bradley. Gracias, Benson. Tocaré el timbre cuando el señor Bradley se retire.

—No entendí su nombre —dije, y ella pudo haberme respondido que no me lo había informado.

—Soy June Clayton, la secretaria del señor Barlowe —contestó—. Siéntese, por favor. El señor Barlowe lo atenderá en seguida. ¿Quiere tomar algo?

—Whisky, si es posible —murmuré, y ella hizo un gesto de asentimiento. Mientras manipulaba las botellas, yo estudié la habitación. Había tres puertas, y por su mobiliario, la oficina parecía ser su nido. Una de las puertas tenía escrita la palabra *Cajero*; en la otra se leía *W. Donaldson*, y la tercera, separada de las restantes por una ancha ventana que se abría sobre el pozo de aire del centro del edificio, presentaba el nombre de la persona que yo había ido a ver: *A. S. Barlowe*. En la segunda y la tercera puertas también se leía la palabra *Privado*. Los muebles, de madera de arce como todo el resto de la carpintería, consistían en el gabinete donde se guardaban las bebidas, un escritorio para dactilógrafa, una mesita cuadrada, dos ficheros (también de arce), un par de sillas de madera y dos sillones situados junto a una mesa baja. Yo ocupaba uno de ellos. La muchacha se acercó con los dos vasos, y se sentó en el otro.

Se inclinó hacia adelante con su "sherry", y cruzó las piernas. Me pregunté si el señor Barlowe compraría las medias: seda de la mejor calidad, y nada tan vulgar como el nylon. Sorbí mi bebida. Le había puesto la cantidad de hielo necesaria, y pensé que todo lo que ella hacía debía estar bien hecho.

—Disculpe si me demoré —dije—, pero no sabía que tardaría tanto en entrar.

—Debí haberlo prevenido —contestó ella—. Tenemos que tomar precauciones, porque acá hay cosas muy valiosas. El mismo Guarneri vale varios miles de libras.

—¿Es cierto que retiran la campana de vidrio al abrir el Club? —pregunté.

—Sí. El señor Barlowe cree que es una buena publicidad, y los clientes parecen apreciarla. El hombre que lo hizo pasar está permanentemente en funciones, y ya ha vis-

to los portones. Se cierran desde cuatro lugares del club por medio de un botón, pero sólo se abren con la llave. Si algo que no es la llave correspondiente es introducido en la cerradura, se pone en marcha una alarma.

—¿Les cuentan esto a todos los visitantes? —pregunté.

—¡Oh! —respondió ella, ruborizándose—. El señor Barlowe dijo que podía confiar en usted. Naturalmente, nos ocupamos de averiguar sus referencias.

—Gracias —murmuré—. Soy por costumbre un poco rudo. ¿Qué le parece si para disculparme acepta una invitación a cenar esta noche?

Ella sonrió, y pensé que podría pasar mucho tiempo contemplando esa sonrisa.

—Generalmente por la noche tengo trabajo. Por lo menos, hoy lo tendré.

No había dicho no. Tragué saliva y me preparé para un segundo ataque, cuando sonó un timbre en el micrófono que tenía sobre su escritorio. Ella se acercó, y movió la palanca.

—Sí, señor Barlowe —dijo.

—El señor Bradley puede pasar, June.

Esa voz podía haber pertenecido a cualquiera. Terminé la bebida y me levanté.

—Después conversaremos sobre mi invitación —comenté.

Ella abrió la puerta que estaba a la derecha de la ventana, y se hizo a un lado para dejarme pasar.

—El señor Bradley —dijo, y cerró la puerta detrás de mí.

Arthur S. Barlowe era un hombre de unos cincuenta y tres años, de abundante cabellera canosa. Era corpulento, y su rostro tostado estaba cortado por una amplia sonrisa que mostraba una boca llena de dientes blancos y parejos. El apretón de su mano fué tan fuerte como el que da el recolector de impuestos para exprimir al contribuyente.

—Le agradezco que haya venido, señor Bradley. ¿Quiere tomar un trago?

—Un cóctel no me vendría mal —dije, y él bajó una palanca en el micrófono que tenía sobre el escritorio. La voz de la señorita Clayton no perdió nada con la distancia.

—¿Podría traerle un cóctel al señor Bradley, June? A mí sírvame un oporto.

Soltó la palanca y se reclinó hacia atrás. Luego, como si se le hubiese ocurrido la idea demasiado tarde, me ofreció un cigarro. Este ya tenía la punta cortada, de modo que lo encendí, y mientras tanto, observé por segunda vez la oficina. Miraba hacia el mismo pozo de aire que la de su secretaria. Todos los muebles, que parecían hechos para un gigante, eran de madera de arce, y la alfombra que cubría el piso de una pared a otra podría haber costado quinientas libras. En las paredes, que tenían zócalos de arce, se veían cuadros que habrían convertido a un cuarto más pequeño en una galería de arte. Entre aquellos, había vitrinas con diversos objetos de interés para los coleccionistas, cada uno con su etiqueta. Noté que por dentro, las puertas de las vitrinas tenían un reticulado de bronce. Probablemente podían ser electrificadas por medio de un botón. Desde cualquiera de los cuatro lugares.

Una persona que yo había decidido ver con más frecuencia me trajo el cóctel. Cuando ella hubo salido, Barlowe se inclinó hacia adelante, pero se limitó a dejar caer en el cenicero la ceniza de su cigarro.

—¿Cuál será mi trabajo, señor Barlowe? Por lo que veo acá, es imposible que usted haya perdido algo.

—No, no he *perdido* nada —respondió mi interlocutor, aclarándose la garganta—. Un amigo mío —mencionó el nombre de una persona para la que yo había trabajado unos meses atrás— me habló de usted cuando dije que necesitaba a alguien para encargarle un trabajo muy confidencial. Usted pareció ser el hombre que yo buscaba.

—¿Para qué? —pregunté—. Por la forma en que afirmó que no había perdido nada, me pareció entender que temía perder algo. Y creo que sería más fácil entrar en la Sa-

la de Joyas de la Torre de Londres, que introducirse aquí. Supongo que todo estará asegurado.

–Hay cosas irremplazables –contestó, con tono enigmático.

–¿El Guarneri, por ejemplo? –pregunté, y él pareció no recordar muy bien qué era el Guarneri.

–No, hay otras. Eso vale quizás quince o veinte mil libras. No podría reemplazarlo, pero no se trata de eso. Es algo que no puedo guardar bajo llave, y que es único. Señor Bradley..., se trata de mi esposa.

CAPÍTULO 2

SE PRESENTA LA DAMA

Quizás Barlowe pensaba que eso no le había ocurrido nunca a nadie. Yo bebí otro sorbo del cóctel y esperé. Él tomó un retrato del escritorio, y me lo mostró. Lo miré, y luego lo acerqué para observarlo más detenidamente. La mujer de la fotografía podía tener entre veintiocho y treinta y cinco años. Calculé que su cabello debía ser negro como el ala de cuervo, y estaba peinado en forma tirante sobre su blanca frente. Sus grandes ojos estaban muy separados por una nariz recta que terminaba sobre unos labios gruesos y sensuales. Los pómulos eran altos y el mentón puntiagudo, dándole al rostro un cierto aire oriental. Me pregunté dónde había encontrado Barlowe esta pieza para su colección.

—Esta es la señora Barlowe —explicó él, como si yo hubiese podido pensar que era la novia del ratón Mickey. Le devolví el retrato, y él agregó—: Mi amigo me dijo que podría confiar en su discreción, Bradley.

—Ese es el fundamento de mi profesión, señor Barlowe. No creo que se haya conformado con la palabra de su amigo. Cobro siete con diez por día, debido a la inflación, ya que antes mi tarifa era de cinco. Los gastos son cuenta aparte. Lo que usted me diga morirá conmigo, y lo que descubra mientras trabaje para usted, le pertenece a us-

ted y a nadie más. Las ostras y yo tenemos un acuerdo: ellas no curiosean y yo no como mariscos.

Él asintió lentamente, y volvió a aclararse la garganta.

–Naturalmente, he hecho averiguaciones respecto a usted.

Se levantó, y buscó algo detrás del escritorio. Cuando se incorporó, sostenía a un gato persa que se estiró sobre su brazo como una chinchilla. Él lo acomodó sobre el otro brazo y lo acarició detrás de las orejas. Barlowe se paseaba detrás del escritorio, y parecía encontrar las palabras en la piel del gato.

–Como habrá notado, mi esposa es más joven que yo, y le gusta una vida más agitada que la mía. Salimos siempre que nos resulta posible, pero el club me mantiene atareado. El señor Donaldson se ocupa de la parte comercial, pero yo soy..., el empresario. Aquí hay algunos tesoros, y siempre tengo que estar presente para mostrarlos. Nuestros huéspedes desean conocer la historia de algunas de las cosas que están en exposición. Muchas veces traen a sus amigos, porque les agrada cenar en un salón donde hay auténticos Gauguins y Van Goghs; les gusta poder señalar a sus relaciones un tapiz de Bruselas del siglo XVI, y explicar que fué diseñado por Rafael..., y que llegó a mi poder, a pesar del interés que tenía en él el museo Victoria y Alberto. Yo me encargo de que los visitantes sientan que reciben más de lo que merecen por lo que han pagado. Siempre me complació ver que se usan adecuadamente las obras de arte. He dedicado mi vida a coleccionarlas, y me agrada ver cómo la gente goza con ellas. Todo esto significa que tengo que permanecer en el club mientras está abierto. Me casé con la señora Barlowe hace un poco más de seis meses, y cuando abrimos el club ella pareció muy satisfecha de estar aquí conmigo. Pero últimamente ha tomado la costumbre de salir sola después de cenar. Me dice que lo hace sólo para cambiar de ambiente, y que va a un teatro o a pasear por el parque. Pero